

BOLIVAR EN NICARAGUA(*)

Manuel Alfredo Rodríguez (**)

Bolívar siempre pensó y actuó en términos de totalidad hispanoamericana. En 1815, año desgraciado para su causa, predijo desde su exilio jamaquino la eventual unidad de los países del istmo centroamericano, su posibilidad de convertirse en «emporio del universo» por virtud de los canales que cruzarían su territorio y conjeturó que sólo aquí «podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio». En 1818 había establecido su gobierno en la Guayana venezolana y el *Correo del Orinoco*, periódico de la emancipación americana, reiteraría en varias ediciones el tema del canal interoceánico a través de una Centroamérica libre y solidaria. Fue una feliz coincidencia que en junio de 1821 la batalla de Carabobo asegurase la liberación de Venezuela y el siguiente julio se produjese la Declaración de Independencia de los países que llamara el año 15 «los estados centroamericanos».

Tales antecedentes explican la antigua presencia espiritual del Libertador en tierras de Nicaragua. El 14 de septiembre de 1856 él estuvo en San Jacinto con José Dolores Estrada y el puñado de patriotas nicaragüenses que vencería a la horda filibustera empeñada en subyugarla y arrebatarle su legado espiritual. Y también acompañaría al General de hombres libres Augusto César Sandino en ese como tabernáculo del alma de Hispanoamérica que fue y es la montaña de Las Segovias. Y su ejemplo seguramente animó el heroísmo civil de Pedro Joaquín Chamorro en la hora de iniciar la reciente epopeya protagonizada por el pueblo nicaragüense para proporcionarse democracia y con ella justicia y libertad.

La estirpe bolivariana se prolongó en Nicaragua con un varón excepcional que complementaríala gesta emancipadora al conquistar la independencia mental de Hispanoamérica. El apóstol José Martí había llamado «Padre» a Bolívar y adivinó la continuidad de la dinastía al llamar «Hijo» a Rubén Darío. El entonces «poeta-niño» de Metapas confirmó esa identidad con la «Oda al Libertador Bolívar» que declamara en la velada oficial celebrada en San Salvador el 24 de julio de 1883 para celebrar el cente-

(*) Discurso pronunciado el 16 de diciembre de 1997, en la inauguración de la estatua de Bolívar erigida en Managua.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra «R».

nario del héroe caraqueño. Dos años más tarde, en *El Porvenir de Nicaragua*, publicaría el ensayo «Bolívar y sus cantores» que comienza con la frase: En la historia de la humanidad no hay figura que pueda superar a la de Bolívar». Y a partir de 1888, con la publicación de *Azul*, comenzaría la más osada y venturosa exploración de las posibilidades rítmicas de nuestra lengua para generar una revolución estética expresada en el amazónico caudal de su poesía nicaragüense y americana y española y cosmopolita con su versión rítmica del universo y su indagación de la unidad cósmica. Su intuición genial y su pasmosa erudición literaria llevaron al poeta —y lo dice Octavio Paz— a inspirarse en la doctrina del venezolano Andrés Bello, quien desde 1835 había dicho, «que cada unidad métrica está compuesta por cláusulas prosódicas —algo semejante a los pies de griegos y romanos— sólo que determinadas por el acento y por no la cantidad silábica. El modernismo reanuda así —continúa el mexicano— la tradición de la verificación irregular, antigua como el idioma mismo, según lo ha mostrado Pedro Henríquez Ureña». Dicho de otro modo, América rescataba la tradición hispánica para afirmar su propia personalidad y también para liberar a las letras españolas de aquel estéril neoclasicismo que vanamente intentaba imitar el esplendor del Siglo de Oro. Así lo entendieron los más altos y renovadores ingenios de la España finisecular —Antonio Machado, Unamuno, Juan Ramón— y el primero convocaría a los españoles de todas las Españas para llorar la muerte de nuestro poeta-emancipador y le escribiría el incomparable epitafio que reza: «Nadie esta lira toque si no es el mismo Apolo / nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan». Darío, poeta de dos mundos, está colocado —como bien dice el nicaragüense Fidel Coloma—, junto a Garcilaso y Góngora entre los grandes creadores de la lírica castellana. Su inserción en el espíritu español fue la respuesta de nuestro mundo a la cruenta conquista del siglo XVI.

Este soberbio monumento poético no sólo está construido con los temas eternos de la poesía —el amor, el dolor y la muerte— sino con la salvaguarda de la independencia y la identidad de Nicaragua y de todo el mundo hispanoamericano. Darío y los modernistas no sólo inventaron una suntuosa joyería verbal sino también una palabra tan antipoética como imperialismo. Ellos fueron los primeros en denunciar la peligrosidad de los nuevos imperios y los enfrentaron con el arma de su palabra. En el tiempo de una globalización que parece inevitable Bolívar y Darío y Martín y Morazán y José Dolores Estrada y Augusto César Sandino y Pedro Joaquín Chamorro velan y velarán porque la comunidad hispanoamericana mantenga su integridad en goce de justicia y libertad.

El pueblo de Venezuela, dignamente representado por el gobierno democrático que preside el ilustre repúblico e intelectual Rafael Caldera, ofrece al de Nicaragua este bronce ecuestre de bolívar para confirmar en esta tierra la presencia espiritual del héroe y reafirmar invariables sentimientos de fraternidad. Y desde el lugar donde Darío se encuentre saludará a esta imagen con un egregio verso del inconcluso poema que comenzó a escribirle en 1911: «¡Tu voz de Dios hirió la pared de lo oscuro!».